

Elogio de la Edad Media. De Constantino a Leonardo

JAUME AURELL (2021).
Madrid: Rialp (col. Historia 61).
270 pp., ISBN: 978-84-321-5396-9



José Carlos Sánchez-López
Universidad Loyola Andalucía, España
ORCID: 0000-0001-6613-8836

Sin lugar a duda, los distintos confinamientos que hemos vivido en todo el mundo a causa del coronavirus nos han dado mucho en lo que pensar: desde nuestra fe ciega en la ciencia y la deriva de determinadas instituciones, hasta la progresiva pérdida de nuestra humanidad. A su vez, este tiempo ha permitido a algunos académicos llevar a cabo muchas de las tareas que siempre quedaban pospuestas por el ajetreo diario o la falta de energías; en el caso del profesor Jaume Aurell, ha sido aprovechado para crear un nuevo libro que vio la luz este 2021 con el título *Elogio de la Edad Media. De Constantino a Leonardo*.

No podemos sino aplaudir el nuevo texto del profesor Aurell, que encontrarán útil tanto el curioso neófito como el avezado profesional. El autor combina un profundo conocimiento del Medioevo (en todas sus vertientes: política, económica, intelectual...) con un estilo agradable y ameno, evitando el abandono del lector en una serie de plomizas parrafadas, repletas de nombres, fechas y lugares, que dicen más bien poco sobre el tema a estudiar. *Elogio de la Edad Media* presenta una interesante panorámica de los siglos IV a XV, que no por concisa (el libro cuenta con doscientas setenta páginas) debe ser considerada vaga o caricaturesca. Es cierto que no posee el nivel de detalle que podemos encontrar en los manuales de Historia de la Edad Media, pero ello responde al objetivo del profesor Aurell: su intención no es analizar pormenorizadamente la época, sino más bien tratar de dar una imagen nítida de la misma, capaz de hacer que el lector conozca sus líneas de fuerza y rechace la pobre idea de la Edad Media que reina en la cultura popular (y, lamentablemente, también en la académica). El “elogio” presente en las páginas del libro no supone un maquillado homenaje a un tiempo idealizado, sino la reivindicación de una época que (como todas) posee momentos oscuros y luminosos; época donde podemos localizar las raíces de gran parte de nuestras instituciones e ideas, donde se plantearon cuestiones semejantes a las que hoy nos hacemos (tales como las que abren esta reseña) y donde se vivieron sucesos muy parecidos. En resumen, podemos decir que el nuevo texto del profesor

Aurell encarna el reconocimiento que tanto necesitaba un período histórico denostado por una peyorativa imagen decimonónica que nadie se propuso revisar.

Estructuralmente, *Elogio de la Edad Media* está dividido en tres grandes bloques (“Actos”) que se subdividen respectivamente en seis capítulos (“Escenas”), quedando rematados los dos primeros segmentos por un “interludio” y el último por una conclusión general (“Legado”). El primer acto, denominado “Actores”, está centrado en distintas figuras individuales que fueron fundamentales para el desarrollo de sus pueblos al ejercer de motor de la Historia. Por su parte, el segundo, titulado “Coro”, se focaliza en los distintos grupos o colectivos sociales que recogieron el testigo de las sobresalientes figuras individuales e impulsaron numerosos cambios durante los siglos XI a XIII. Por último, el tercer bloque, llamado “Escenarios”, se enfrenta a la difícil tarea de eliminar la etiqueta que hace de los siglos XIV y XV un período de transición y absoluta decadencia. Sin desmerecer a las dos primeras secciones, es esta última la que nos parece más atractiva, puesto que realmente logra dejar en el lector un poso de duda sobre la (pobre) idea de Edad Media que hoy en día se difunde entre toda la población.

Acercándonos a cada uno de los distintos “actos” que componen *Elogio de la Edad Media*, aunque sin pretender analizarlos exhaustivamente, podemos decir que el primero de ellos (“Actores”) estudia de manera individualizada a seis de las figuras más destacadas de los siglos IV a X. En sus páginas conoceremos a Constantino, Clodoveo, Justiniano, Mahoma, Carlomagno y Hugo Capeto. Ellos ejemplifican constantes pugnas en un mundo cambiante y amenazador, pugnas que buscaban alcanzar la unidad de los pueblos y territorios gracias a la fuerza, las alianzas o las conversiones religiosas. En este contexto, política y religión se influían mutuamente (e incluso llegaban a identificar), dando lugar a la aparición del denominado “cesaropapismo”.

El segundo bloque, denominado “Coro”, presenta los distintos grupos sociales que provocaron la evolución de la economía, la cultura y la religiosidad durante los

siglos XI a XIII. Evidentemente, en cada uno de ellos encontramos nombres propios que destacan sobre los demás, pero el foco de la narración está centrandose en el colectivo representado y no en el sujeto que lo representa. Los guerreros son quienes abren este segundo segmento, cosa que no debe sorprender a nadie, puesto que fueron ellos quienes recogieron el testigo de las sobresalientes personalidades estudiadas en el bloque anterior y quienes más atención atraen a la hora de acercarse al medioevo. Ellos lograron alcanzar la estabilidad vital y territorial tan ansiada por sus predecesores, cubriendo las necesidades básicas de una población que, parcialmente despreocupada, pudo dedicar el tiempo a diversas cuestiones culturales, sociales, religiosas o económicas. Como segundo agente fundamental encontramos a los clérigos, representantes destacados de la inflexión en la política y la cultura europea. Las sucesivas reformas del monacato (gregoriana, cisterciense y cluniacense) propugnaron el regreso a la ortodoxia religiosa e intentaron acabar con las injerencias civiles sobre los nombramientos eclesiásticos (la famosa “cuestión de las investiduras”). A su vez, aquéllas desembocaron en el primado fáctico del obispo de Roma y, como consecuencia última, provocaron un giro radical en la política existente: el papa se arrogó el derecho de legitimar en el trono a reyes y emperadores, dando lugar al paso del cesaropapismo a la teocracia papal, la cual creó una figura que más tarde intentaron imitar los monarcas con intenciones autoritarias.

A los guerreros y los clérigos les siguen los intelectuales, quienes representan el avance, a la par, de la cultura laica (con el apego a los clásicos griegos y romanos) y religiosa. Este grupo, beneficiado por la salvaguarda de textos llevada a cabo por los monjes, manifiesta la salida del conocimiento de los muros de los monasterios, así como el inicio del vínculo entre fe y razón (y la progresiva preeminencia de la segunda). El desarrollo de la escolástica y el gran valor de la justificación racional motivaron la pujanza de las ciencias experimentales, a la vez que la aparición de teorías filosóficas que justificaban tanto el poder de papas y reyes como los distintos sistemas políticos existentes.

Tras los intelectuales encontramos dos ideas clásicas que todos asocian a la Edad Media: el feudalismo y la monarquía. La labor del profesor Aurell en estos “escenas” es encomiable y haría las delicias al mismísimo Giuseppe Sergi: aquél presenta una fiel imagen del feudalismo medieval, depurando las toscas y erróneas ideas que habitualmente se difunden de él. El feudalismo representa una unión formal con una serie de derechos y deberes donde el rey no queda como gobernador todopoderoso, sino, más bien, como

primus inter pares o árbitro en las posibles disensiones. Aquí la corona no llevaba aparejada la posesión de una mayor cantidad de riquezas y tierras que el resto de los nobles (quienes habitualmente tenían más capacidad económica que el propio rey), ni la total independencia de la Iglesia. Como se puede intuir, a pesar de los grandes beneficios que le reportaba esta situación al monarca, éste no poseía todo el poder que deseaba, puesto que pretendía evitar depender de otros poderes externos (como la Iglesia y la nobleza). En este contexto empezaron a surgir distintos reyes, como Luis IX de Francia, Federico II Hohenstaufen o Alfonso X el Sabio, herederos de grandes territorios y riquezas y poseedores de un gran carisma y una imagen teúrgica, que decidieron apoyarse en dos elementos clave: la ciudad y los mercaderes. Estos factores, unidos al aumento de la duración de los reinados, fomentaron el desarrollo económico y sociocultural, a la vez que la estabilidad territorial (pese a la aparición de nuevas amenazas orientales como Batú Kan).

El segundo acto se cierra con el análisis de las nuevas órdenes mendicantes, perfectos representantes de los cambios acaecidos en Europa durante los siglos XI a XIII. Tanto dominicos como franciscanos muestran la reubicación del centro del poder civil (ciudad), el desarrollo de una nueva forma de difundir la cultura (universidad), el cambio en los poderes políticos (auge de los mercaderes y de la monarquía “carismática”) y la reinterpretación de la religiosidad, cada vez más espiritual y menos racional, sin dejar de abogar por la homogeneidad doctrinal (especialmente defendida por la Orden de Predicadores). Sin duda, la confluencia entre el desarrollo de la ciudad, el aumento del poder de los mercaderes y la creación de las órdenes mendicantes no es algo casual: el crecimiento de las ciudades dio lugar a nuevas necesidades de evangelización que los mendicantes trataron de enfrentar, ejerciendo, a su vez, de defensores y garantes de los mercaderes (principales responsables del crecimiento de las ciudades), quienes agradecieron su labor apologética a través de numerosas donaciones. Este importante vínculo entre la ciudad, las nuevas órdenes y los mercaderes cierra la sección central de *Elogio de la Edad Media*, anticipando uno de los principales focos de estudio del último apartado: la economía de mercado.

El tercer y último acto del libro, titulado “Escenarios”, está exclusivamente dedicado a los siglos XIV y XV, habitualmente considerados vacíos, representantes de la decadencia medieval y meros antecedentes de la Modernidad. De nuevo, en estas páginas el trabajo del profesor Aurell merece enormes elogios, pues no sólo presenta con claridad los principales hechos de esta época, sino que también desmiente numerosos

datos erróneos. Tanto el siglo XIV como el XV poseen una enorme riqueza y son el momento exacto donde es posible hallar las causas próximas del surgimiento de la Modernidad; es cierto que, como cualquier período histórico, poseen momentos de penurias –son especialmente famosos los del siglo XIV (peste bubónica, hambrunas, revoluciones sangrientas)–, pero estos sucesos negativos no supusieron una perpetua tiniebla. Durante y tras su superación surgieron espacios en los que se iniciaron los cambios que provocarían el fin de la Edad Media: la desaparición de una gran cantidad de mano de obra obligó a los terratenientes a aumentar los impuestos, incitando a muchos campesinos a trasladarse a las ciudades. En los nuevos y antiguos ciudadanos, los reyes encontraron un importante punto de apoyo que trataron de hacer oficial al desarrollar nuevas formas organizativas parlamentarias. La cultura comenzó a desvincularse de la religión y la universidad, apareciendo corrientes como la humanista y sobresaliendo una literatura (Dante) y una pintura (Giotto) más realista, natural y representativa que alegórica y estilizada. La mujer comenzó a asegurarse un espacio en la vida pública y cultural, surgiendo nombres como los de Juana de Arco, Margarita I de Dinamarca, Christine de

Pizan o Catalina de Siena. En cuanto al ámbito religioso y teológico, encontramos la *devotio moderna*, defensora de la espiritualidad individual y de la relación directa con la divinidad a través de los sacramentos, dando lugar a un “giro místico” que fomentará una teología apofática, a pesar de que seguirá dominando la teología racional.

La narración culmina con un capítulo titulado “Legado”, el cual invitamos a que sea leído de forma detenida, pues, desde nuestro punto de vista, resume y representa lo que la historiografía de la Edad Media necesita: la incesante búsqueda de una imagen veraz y honesta de una época que ha sido maltratada y malinterpretada a lo largo de los años. Sin duda alguna, textos como los del profesor Aurell, que presentan tanto lo bueno como lo malo de la Edad Media, deben ser difundidos en los centros de aprendizaje, tratando de evitar lo que el mismo autor llama “[una] lamentable visión [del medioevo]” (p. 228). *Elogio de la Edad Media* debe despertar tanto el respeto como la admiración de quienes aman la historiografía medieval, invitándonos a confiar en que, si seguimos su ejemplo, podremos alcanzar la difusión y restitución de una *verdadera idea de la Edad Media*.